

**LA RUTA DE LA MEMORIA**

**Cerro de los Ángeles: el tiempo dividido**

El estratégico enclave de Getafe y su carácter eminentemente militar hicieron que el martillo de la Guerra Civil española se cebara aquí con especial virulencia. Distintos bombardeos destrozaron buena parte de nuestro pueblo, pero el más recordado por todos fue con seguridad el que acabó con el emblemático monumento al Sagrado Corazón emplazado en el Cerro de los Ángeles. Nuestro viaje en el tiempo se detiene hoy allí, cuando tras una difícil posguerra comenzaba la reconstrucción de lo nuestro y de nosotros mismos.

**L**a imagen que hoy es pretexto de esta columna nos evoca sentimientos contrapuestos de recuerdo y olvido. Cuatro mujeres, tocadas con velo, misal y rosario, se detienen para dedicar sus oraciones al desmoronado antiguo grupo escultórico del monumento, obra del segoviano Aniceto Marinas. Había sido trasladado unos años antes desde el otro extremo de la gran explanada, cuando en 1939 se decidió su reconstrucción. El conjunto escultórico era en ese instante testigo mudo de las obras de construcción del nuevo conjunto. La distancia era suficiente para dividir el tiempo. El de la barbarie y el de la esperanza. El del recuerdo y el olvido. El del pasado y el del presente. El fotógrafo captó el silencio de la escena donde tan sólo dos décadas antes había tronado el trágico grito de las bombas. La paz no sólo es un estado. Es un sentimiento y una emoción, y esto se percibe en la imagen, tomada en la década de los cincuenta del pasado siglo.



No fueron fáciles estos años. Las heridas de la guerra estaban aún abiertas. Los planes de desarrollo estaban ya en marcha pero estos no alcanzaban a cicatrizar los corazones. Esta imagen se repetía en el Cerro con mucha frecuencia. Hasta allá llegaban quienes lo habían defendido, sus familiares, y, por qué no, quienes participaron de su destrucción ordenados por aquellos que tuvieron la capacidad de hacerlo. Todos, unos con la emoción del recuerdo y otros con la del olvido, contemplaban atónitos sus cenizas arañando las viejas piedras en busca de convertir en reliquias sus recuerdos.

Posiblemente muchos de ellos, habían asistido en 1919 a su inauguración. Aquel marginado y recompuesto puzzle había sido antes, tras una compleja ejecución de obra dirigida por el arquitecto Carlos Maura, protagonista de una solemne inauguración presidida por Alfonso XIII el 30 de Mayo de 1919. "Reinad en los corazones de los hombres, en el seno de sus hogares, en la inteligencia de los sabios, en las aulas de la ciencia y de las letras y en nuestras leyes e instituciones", fueron algunas de las palabras de un discurso de consagración leído por el rey y no exento de polémica en un difícil contexto político marcado por la inestabilidad de los gobiernos y por una fuerte oposición anticlerical. Aquel lunes debió ser un día de especial esplendor para quienes asistieron al multitudinario acto, entre miles de peregrinos y con todos los componentes de una gran fiesta popular paralela a la oficial, en la que mu-

chos comerciantes aprovecharon para instalar puestos de venta ambulante aunque para algunos de ellos el día no fue demasiado bueno, como contaba Jesús Izquierdo de su padre: "no puede decirse que para mi padre fuera muy buena la idea, pues, animado por varios vecinos, se lanzó a fabricar género marchando con una tartana repleta del mismo al Cerro. Malamente se estrenó, pero esto no le llenó de tristeza, pues decía que pasó un buen día y que el género lo vendió en Getafe".

Recuerdos como estos impregnaban los restos del viejo grupo escultórico al que aquellas mujeres dirigían sus plegarias. Parecían no prestar atención a la impresionante obra que se desarrollaba justo enfrente. El nuevo monumento se alzaba ahora de la mano de los arquitectos Pedro Muguruza y Luis Quijada Martínez que trabajaron en un diseño muy parecido al anterior aunque con más grandiosidad. Una gran plataforma levantaba en vilo al gran pedestal sobre el que apoyaba el Cristo con los brazos abiertos y el futuro grupo escultórico, que, como el primero fue obra del escultor Aniceto Marinas. Fernando Cruz Solís se encargaría del resto de las esculturas, todas ellas realizadas en piedra. El Sagrado Corazón alcanzaría la altura de 37,50 metros y sería inaugurado en 1965 por el general Franco. Diez años después se concluyó la cripta en el vano que bajo el monumento dejaba la arquitectura de la emblemática obra.

Hoy, aquella áspera explanada que dividía el tiempo se ha convertido en una gran plaza que acoge a miles de visitantes que contemplan el diálogo mudo entre lo viejo y lo nuevo, entre el pasado y el presente, entre la guerra y la paz.

**Emilio Fernández**  
Foto cedida por Ángel Martínez